

## El día de la Universidad

Con un solemne acto académico, la Universidad de Concepción celebró el lunes 11 de los corrientes, en el teatro universitario, el trigésimo cuarto aniversario de su fundación.

El acto fué presidido por el rector de la Universidad, don Enrique Molina, miembros del H. Consejo y del H. Directorio y profesorado.

Asistieron, especialmente invitadas, las autoridades civiles, militares, eclesiásticas de la ciudad y de la provincia y numeroso público que ocupó la totalidad de las aposentaduras del teatro.

En esta oportunidad se procedió también al reparto de los premios a los alumnos que más se distinguieron en el año 1952 y los premios "Universidad" correspondientes a los egresados de las diversas facultades, por sus estudios sobresalientes durante todo el curso de la carrera.

Los números de música estuvieron a cargo del "Cuarteto Universitario" y de la banda de la guarnición militar, dirigida por el maestro Adriano Reyes.

En nombre de la Universidad hizo uso de la palabra el profesor de la escuela de educación, señor Gonzalo Rojas Pizarro y contestó en nombre de los alumnos premiados el egresado de la facultad de ciencias jurídicas y sociales, señor Mario Jarpa Fernández. Ambos discursos se insertan en estas columnas.

### Alumnos premiados ...

La siguiente es la nómina de los alumnos premiados:

Con el premio "Universidad" por su condición de mejores alumnos durante todos sus estudios, señores:

Mario Jarpa Fernández, de la escuela de ciencias jurídicas y sociales; Juvenal Contreras Valk, de la escuela de odontología; Bo Cajander Qvarfott, de la escuela de Ingeniería química. Obtuvo además, el premio "Banco de Concepción". Luis Bavestrello Bontá, de la escuela de medicina. Señoritas: Graciela Beltrán Torres, del curso de inglés de la escuela de educación; Ingrid Schwecke von Johnn, del curso de francés de la escuela de educación; Teresa Espinoza Daroch, del curso de castellano de la escuela de educación; Norma Rodríguez Yhitz, de la escuela de química y farmacia.

¡El señor Luis Martínez Mera obtuvo el premio "Tomás Olivieri", como el mejor alumno de la cátedra de clínica médica del doctor Guillermo Grant Benavente.

El señor Burghard Seger Stein obtuvo el premio "Colegio de Farmacéuticos de Chile" como el mejor alumno de la cátedra de farmacia.

### DISCURSO DEL PROFESOR GONZALO ROJAS

Autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la ciudad y la provincia; señor rector de la Universidad.

Honorables directores y consejeros; señores catedráticos, universitarios, señoras, señores:

El día de nuestra Universidad nos exige meditar hondamente sobre lo que una universidad es, sobre su *misión*, como piensa Ortega y Gasset en aquel célebre ensayo publicado en 1930; o sobre su *realidad problemática*, como ha dicho Julián Marías, discípulo de Ortega, en un breve ensayo que primero fué tema de conferencia,

al cumplirse el cuarto centenario de la Universidad de San Marcos de Lima, en 1951.

No pretendo en esta ocasión retomar el hilo de aquellas especulaciones sutiles, pues eso nos llevaría a revisar los conceptos de cultura, ciencia, profesión, enseñanza, erudición, crítica, valoración, en sus diferentes matices y relaciones. Tampoco quiero volver sobre los pormenores y los accidentes de la historia de esta bella empresa cultural que es la Universidad de Concepción, ni insistir en el elogio y en el reconocimiento de la persona y de la obra de don Enrique Molina, nuestro rector esclarecido, a quien queremos rendirle esta tarde un homenaje en su carácter de pensador y de humanista integral, mediante una ligera síntesis sobre un tema de su predilección y de su desvelo filosófico: el problema del hombre que busca su propia comprensión y su propia determinación, que viene a ser, precisamente, la cuestión esencial de sus numerosos libros, desde *Filosofía Americana* hasta *Tragedia y realización del espíritu*.

Nuestra mayoría de edad nos aconseja meditar en esta hora, mucho más que recordar aquellos primeros días difíciles; meditar lo que somos hoy como universitarios y como hombres. Suele objetarse al especialista —y toda mente universitaria termina por serlo, desde el momento que aspira a ser profesional de algo, técnico en algún oficio— suele objetársele que, junto con estrechar el horizonte de sus preocupaciones teóricas para entregarse a alguna tarea determinada, estreche también su horizonte crítico y sensitivo, pierda la responsabilidad del vivir pleno en medio de la incesante circulación de las ideas y las doctrinas. Sin duda, la especialidad sin la universalidad, el saber sin la cultura, como se ha dicho tantas veces, es una aberración, una mutilación. Pues, aunque los fenómenos se estudian y se determinan por parte, existen en el todo de la continuidad. Ya es tópico que la función de la cultura es función unificadora.

El primer paso que damos en el orden cultural es conocernos a nosotros mismos: lo primero que nos enseñan y lo último que terminamos por aprender: la conciencia de nuestras propias capacida-

des y limitaciones. Así, para juzgar con claridad, hemos de estar siempre despiertos contra la presión de un mundo acumulado e informe, contra esas costumbres de pensar ya marchitas o rígidas, contra esas tradiciones ciegas, mudas y sordas en las que el espíritu creador de sus orígenes se ha secado o extinguido; con prudencia, pero sin temor, pues no olvidemos que las virtudes nacen de los peligros.

Aceptemos, entonces, que el tema de lo humano es de una vigencia indiscutible siempre, especialmente en estos instantes en que nos proponemos meditar sobre él como universitarios verdaderos, es decir, como hombres auténticos, sin cerrarnos en esas dos posturas que Ortega estima peligrosísimas en la universidad: el oficio frío y la investigación científica pura. En efecto, el filósofo español se pregunta en su *Misión de la Universidad* en qué consiste la enseñanza superior que se imparte a la legión inmensa de los jóvenes. Y se responde: en dos cosas: a) la enseñanza de las profesiones intelectuales y b) la investigación científica y la preparación de los futuros investigadores. Pero la universidad olvida, según él, o posterga lamentablemente su función de transmitir cultura, formación humanística profunda: filosófica, histórica, crítica, artística. Ahí mismo asegura que el profesional egresado de la universidad suele ser un nuevo bárbaro, ajeno a su época, que elude sistemáticamente "la terrible actualidad".

A su vez, Julián Marías, en su *Universidad, realidad problemática*, va por esa misma línea cuando afirma: "Sólo es posible hoy ser universitario con cierta intranquilidad, yo diría hasta de conciencia. Esa inquietud puede ser salvadora; su primera consecuencia es evitar la inercia, el hacer lo de siempre, como si ello estuviera plenamente justificado; la segunda, eliminar la petulancia y la fácil satisfacción, para sustituirlas por lo más fecundo de que dispone el hombre: el descontento. El universitario actual debe pensar que no es lo único ni lo más importante, que no sabe bien qué tiene que hacer; que su misión es más que dudosa, y debe realizarla con orgullosa modestia. Pero la misión de la universidad es indeclinable: só-

lo en ella puede enseñarse y aprenderse el sistema de ideas de la época, puede adquirirse la formación profesional, y puede realizarse la educación de la "inmensa minoría".

Estas citas me parecen justificar que es conveniente ya pasar de nuestras reflexiones sobre lo problemático universitario a otras sobre lo problemático humano, ya que la universidad la hacen los hombres, para los hombres.

Me permito invitarlos, señoras y señores, en mi carácter de profesor dependiente de la facultad de filosofía y educación, a dar una mirada de síntesis al problema que me he venido refiriendo.

Es incalculable lo que se ha escrito sobre el hombre y el humanismo, tanto que empieza ya a ser tópico y ha llegado a desestimarse como problema filosófico genuino. Circunscribámonos a las ideas antropológicas que han cobrado mayor relieve. Unos hablan de filosofía de la cultura, otros de antropología filosófica; otros de humanismo teológico, de humanismo existencial y de humanismo dialéctico. Naturalmente, el término tiene demasiados matices, como se ve. Los impugnadores de la antropología la desacreditan acusándola de ver al hombre como un ser estético, pues estiman que el conocimiento de los límites de nuestro ser comporta una resignación, en circunstancias de que hay que considerar al hombre bajo todos sus aspectos y resolver sus contradicciones sin perder nada de su realidad.

Cuando uno se pregunta ¿qué es el hombre? puede responder el filósofo, el hombre de ciencia, el espíritu religioso, o el poeta, o, si ustedes prefieren, el artista. Personalmente creo que el espíritu de los tiempos habla de modo más perceptible, como piensa un crítico alemán, por la poesía (y desde dentro de ella) que por la pintura o la música. Si el poeta no ha de emular al filósofo en cuanto intérprete del mundo, debe en cambio ser un sabio y un guía como descifrador y constructor del mundo. Pero ha de ser el filósofo, como buscador de la verdad, el que ha de dar la respuesta más segura.

Dice Martín Buber que la ciencia filosófica del hombre nos ofrece el punto de partida desde el cual podemos avanzar, por un lado,

hacia una comprensión nueva de la persona y, por otro, hacia una comprensión nueva de la comunidad, ya que su objeto central no lo constituye ni el individuo ni la colectividad, sino el hombre con el hombre, el hombre conviviendo con sus semejantes. ¿Puede esta ciencia independizarse de las demás ciencias que estudian aspectos parciales del hombre? Sí, nos responden los antropólogos: ésta es una ciencia fundamental que ha de servir de eje a las demás ciencias.

Claro que lo primero será definir al hombre. Pero ¿es ello posible? Definir la esencia del hombre significa, según Husserl, señalar aquel conjunto de notas que pensamos lógicamente inseparables de la idea general de hombre y cuya evidencia sea tal que no necesite el apoyo de la realidad, de la verificación. Pero ¿hay un hombre así, puro, libre de la realidad? ¿no es, como dice Cervantes, el hombre un hijo de sus obras?

Indudablemente sería equívoco fundar la idea de hombre en algunas definiciones lógicamente hechas y conclusas. Sabemos que en el hombre se cruzan varias categorías del ser; por eso hay tantas concepciones de él como elementos constituyen su existencia. Unos lo conciben como instinto; otros, como voluntad; como sentimiento, o como razón. Tales ideas provienen de tres fuentes: la religión, la filosofía y la ciencia natural. Max Scheler redujo estas concepciones tan diversas a cinco tipos que tienen como correspondiente una filosofía de la historia:

1) Idea cristiana del hombre. Concepción histórica de San Agustín, definida en *La Ciudad de Dios*.

2) Idea griega del hombre, como logos, ratio: *homo sapiens*. Una mera invención de los griegos, según Scheler. La correspondiente filosofía de la historia es el idealismo de Hegel.

3) Idea moderna: el *homo faber*. El hombre es un ser de instintos. Hombre-líbido; hombre-poderío; hombre-económico. A cada una de estas posiciones corresponde una doctrina de la historia: Gobineau, Freud; Maquiavelo, Nietzsche, Adler; Marx.

4) Idea contemporánea del hombre, considerado como ani-

mal decadente. Doctrina descarriada, según él. Klages, Frobenius, Spengler.

5) Doctrina de Scheler, Hartmann y otros. Conciencia de los valores originales del hombre y de sus relaciones cósmicas.

No es del caso referirse al historicismo, al existencialismo o al personismo para tratar de explicar la medida en que el hombre interviene en la formación y creación de su mundo y del mundo. Sin necesidad de entrar en un estudio sistemático del problema, a todos se nos impone como evidencia que, cuando el hombre pierde su confianza en el cosmos, cuando ya no hay un orden posible que le sirva de mansión y de refugio, entonces, solo, oscuro, desamparado, se le hace patente su trágica condición, y se pregunta quién es. La historia de la filosofía presenta ciclos predominantemente cosmológicos y ciclos predominantemente antropológicos. En el sistema aristotélico, o en el tomista, por ejemplo, el hombre no se hace problema de sí mismo, pues él está claramente integrado al mundo de las cosas.

Si ustedes consultan un libro excelente de Bernhard Groethuyzen, discípulo de Dilthey, sobre historia de la antropología filosófica, encontrarán ahí los nombres y las doctrinas de los más ilustres pensadores del pasado, para los cuales el hombre y sus problemas ha sido el eje de sus reflexiones. Y si consultan otro libro singular, intitulado *¿Qué es el hombre?* de Martín Buber, admirarán la sagacidad con que ese pensador pasa revista a los distintos filósofos que se han venido formulando esta misma gravísima cuestión:

1) San Agustín, que se asombra de aquello que en el hombre no se puede comprender como parte del mundo, y que se pregunta con el salmista: *¿Qué es el hombre que tú piensas ser?*

2) Nicolás de Cusa: *Homo non vult esse nisi homo.*

3) Pascal, que se pregunta bajo la bóveda estrellada: *¿Qué es un hombre en el infinito? L'homme n'est qu'un roseau, le plus faible de la nature; mais c'est un roseau pensant.*

4) Espinoza. "El hombre es un ser en el que Dios se ama a sí mismo".

5) Kant, que, según nuestro autor, es el primero en comprender la cuestión antropológica en una forma crítica.

6) Hegel, que busca "la unidad del hombre entero". Dijo una vez: "En cada hombre están la luz y la vida; él es la propiedad de la luz; y no es iluminado por una luz a la manera de un cuerpo opaco, el cual muestra un resplandor que le es ajeno, sino que se enciende con su propia materia ígnea y su llama le es propia.

7) Marx, cuya teoría de la historia se basa en la dialéctica hegeliana y para el cual el mundo del hombre es la sociedad.

8) Feurbach, en buena medida discípulo de Marx, que afirmó ya algo definitivo: "El hombre individual en sí, no tiene en sí la esencia del hombre ni como ser moral ni como ser pensante. El ser del hombre se halla sólo en la comunidad, en la unidad del hombre con el hombre, una unidad que se apoya únicamente en la realidad de la diferencia entre yo y tú".

9) Nietzsche: "El hombre es el animal no fijado todavía". "No es ninguna meta sino un camino, una encrucijada, una gran promesa".

Más adelante, entre "los intentos de nuestra época", el autor citado considera al hombre de Heidegger y el hombre de Scheler, sin olvidar al hombre de Kierkegaard y al hombre de Husserl, a los cuales estudia y critica con extraordinaria penetración. Llama la atención que no tome en cuenta los postulados humanísticos de J. P. Sartre.

Por último, el mismo Buber plantea su posición frente a la pregunta. Sin pretender adherirme a ella, ni procurar otra cosa que la atención de ustedes ante este planteamiento original, me permito leerles uno de sus párrafos mejores:

"El hecho fundamental de la existencia humana no es ni el individuo en cuanto tal ni la colectividad en cuanto tal. Ambas cosas, consideradas en sí mismas, no pasan de ser formidables abstracciones. El individuo es un hecho de existencia en la medida en que entra en relaciones vivas con otros individuos; la colectividad es un hecho de la existencia en la medida en que se edifica con vi-

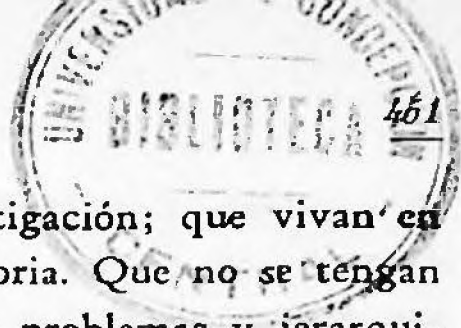


vas unidades de relación. El hecho fundamental de la existencia humana es el hombre con el hombre". "El tiempo del individualismo pasó ya. El colectivismo se halla, por el contrario, en la cima de su desarrollo, aunque ya se muestran aquí y allá signos de relajamiento". "El colectivismo moderno es la última barrera que ha levantado el hombre antes de encontrarse consigo mismo". "Veo asomar por el horizonte, con la lentitud de todos los acontecimientos de la verdadera historia humana, un descontento tan enorme cual no se ha conocido jamás. No se tratará ya, como hasta ahora, de oponerse a una tendencia dominante en nombre de otras tendencias, sino de rebelarse contra la falsa realización de un gran anhelo: el anhelo de la comunidad, el anhelo de su realización auténtica. Se luchará contra la imagen deformada y por la forma pura tal como ha sido contemplada por generaciones humanas llenas de fe y de esperanza". Hasta aquí el pensador citado.

Señoras y señores:

Comprendo perfectamente que no he desarrollado ningún tema ante ustedes, ni, mucho menos, un tema filosófico. Sólo he querido promover unas cuantas ideas incitantes que les estimulen a profundizar en un problema de tanta significación en este tiempo nuestro, difícil y sombrío. Comprendo también que mis palabras pudieron parecer confusas, tocadas tal vez de un ligero patetismo que no se concilia con una meditación filosófica. Sé muy bien, por ejemplo, que no es posible confundir humanismo con antropomorfismo. El humanista estudia las cosas "para el hombre". El antropólogo suele reducir todas las cosas al hombre. Ni se me escapa que la ciencia filosófica del hombre comprende tanto la antropología como la sociología. Comprendo, entonces, que sólo toqué la superficie de problemas tan delicados en esta conversación fastidiosa; pero sírvame de excusa la naturaleza misma de un discurso de aniversario, a la que —por otra parte— tampoco he sido fiel.

Sólo me resta pedir a los jóvenes universitarios que piensen constantemente en estos temas esenciales, que no se conformen



con las tareas de su profesión y de su investigación; que vivan en trato incesante con la filosofía y con la historia. Que no se tengan piedad; que sigan siempre en esto: revisando problemas y jerarquizando valores; que empiecen cada día a ver el mundo del hombre. Porque el hombre se hace, se forja en la acción y en la lucha, el conocimiento y la ciencia son los instrumento de su acción.

He dicho.

## DISCURSO DEL EGRESADO DE LEYES, SEÑOR MARIO JARPA FERNANDEZ

Señor rector, señor intendente, señores profesores, autoridades, señoras, señores, compañeros.

La Universidad de Concepción celebra hoy día su trigésimo cuarto aniversario.

Estudiar lo que ha sido la Universidad, lo que ha hecho, lo que ha significado en el desarrollo de las ideas y lo que fecundó en la mente de los hombres más preclaros o de las instituciones más significativas; analizar lo que la Universidad de Concepción, fiel observante de sus atributos de orientadora de juventudes y de guía espiritual del inmenso conglomerado que, sin pertenecer a sus aulas, vive al calor de su influjo, analizar decía lo que ha significado para el país. sería labor fecunda, por las enseñanzas que ello reportaría a las generaciones actuales, tan dadas al olvido y entregadas a veces a la indiferencia y al escepticismo, especialmente cuando, como entre nosotros, por ancestral herencia en la que se combinan la melancolía, la inactividad y la resignación de las razas autóctonas con la altivez e inestabilidad de las razas peninsulares, el hombre oscila entre un pesimismo amargo, que paraliza su acción, y un optimismo exagerado, que lo induce a permanecer extático ante la vida, ante el mundo y la fluencia dolorosa e incesante de las cosas.

Pero, en estos momentos, esa tarea parece, en verdad, innecesaria, si se piensa que todos aquí la conocemos y apreciamos sus

altos valores; innecesaria también, pues su recia personalidad ha sido analizada muchas veces, en una forma y con un sentido que estoy cierto, no podría alcanzar en estos instantes el egresado que os dirige la palabra, ya que ello excede mi personal capacidad y el tiempo de que disponemos.

En este día, como todos los años, la Universidad despide a los que han terminado sus cursos, y entrega también sus diplomas a quienes se han destacado en sus estudios, no diré con el ánimo de premiar, pues sobrado galardón es ya la satisfacción del deber cumplido, pero sí con el de reconocer públicamente su trabajo. Mas, en verdad, nos hemos acostumbrado a ver en esta ceremonia, no sólo una recompensa al esfuerzo, sino, por sobre todo, un símbolo vivo de la íntima solidaridad con que profesores y alumnos marchamos luchando a través de los lustros por el sueño ya milenario de una humanidad mejor, que no otra ha sido la aspiración de las universidades de todos los tiempos y latitudes.

Señoras y señores:

Es fina costumbre de las prácticas académicas, que quien ha sido objeto de una honrosa distinción, como es el caso de los alumnos a cuyo nombre hablo, empiece por decir que él carece de los méritos necesarios para justificar el honor que se le dispensa. Pero, de la universalidad del uso a que me refiero, resulta que es sumamente difícil distinguir cuándo se cumple simplemente con una fórmula de tradicional cortesía y cuándo se siente muy en lo hondo cuanto se dice. Por ello, y atendida la circunstancia de que hablo en nombre de un grupo cuya íntima opinión al respecto no puedo conocer, me abstendré de hacer esta afirmación, y sólo he de dejar constancia que, tanto en nuestras mentes, como en las de todos ustedes, surge esta interrogante: ¿Hemos, en justicia, merecido esta distinción?

Esta interrogante no presupone, en forma alguna, la más mínima referencia a presuntos favoritismos, pues ellos son incompatibles con cualquier centro de estudios, y más aún con nuestra Universidad, que tiene como lema la expresión "por el desarrollo

libre del espíritu". Ella responde a una constatación objetiva: si hemos de considerar este premio como un estímulo al esfuerzo y la perseverancia, debe concluirse que sólo se ha merecido esta distinción cuando el egresado ha logrado sobreponerse a compañeros que luchan con él en un pie de igualdad, pues si bien las fuerzas morales mandan y ordenan, existen también las fuerzas físicas y económicas que bien pueden malograr los más honrados propósitos: los valores nos dicen lo que debe ser, pero no se realizan por sí mismos; el simple deber no mueve el curso de las cosas, y su realización depende de si encuentra en el mundo real un ser sensible a sus exigencias ideales, que ponga su real energía a su servicio.

Por eso, los alumnos que ya hemos egresado, no podemos sino mirar con honda simpatía la concreción que este año han tenido siete años de lucha: a saber, la inauguración del Hogar Universitario, que si bien representa sólo una solución parcial, demasiado parcial, pudiéramos quizás decir, a los problemas de nuestros compañeros de otras ciudades, representa, sí, un paso serio y definitivo en el camino de su integral solución.

Señoras y señores:

Es costumbre que en este acto, los egresados cuyos nombres han sido inscritos como los de los más aventajados alumnos de sus respectivos cursos, expresen sus agradecimientos por dicho honor: nosotros no podemos menos que ofrecer nuestra adhesión, espontánea y sincera, que no otra reclama ni admite, a esa tradición.

Pero, queremos también dejar constancia que comprendemos que, con los diplomas que nos acreditan como los primeros entre nuestros iguales, la Universidad nos discierne una mayor responsabilidad y que estamos dispuestos, a menos que estuviéramos abandonados a un ciego destino, a impedir que el cariño y vinculaciones con nuestra escuela, sean debilitados por el tiempo, u olvidados o postergados, aún por las más intensas preocupaciones que nos tenga reservada la vida; con lo que esperamos, nos sea permitido poder responder adecuadamente a la confianza que la Universidad ha depositado en nosotros.

En esta hora, hasta cierto punto penosa de nuestra despedida oficial, permitidme que, en nombre de todos quienes el año recién pasado hayan terminado sus estudios, en esta Universidad, manifieste nuestra cumplida satisfacción y nuestra honda gratitud por la labor con que cada uno de ellos contribuyó a hacer más grata y fructífera nuestra estada en estas aulas, así como les testimonie nuestro honrado afecto, al señor rector, cuyo equilibrio de espíritu y elevado criterio, unidos a la íntima convicción de perseguir un fin elevado, han impulsado su acción creadora hasta alcanzar la meta propuesta; al honorable directorio, al personal de bibliotecas, al personal auxiliar y, por último, pero en forma especial, a nuestros ex profesores, que, año a año, ven realizada una parte de su labor, y que ponen todas sus esperanzas sobre las espaldas de los que se van.

A ellos debemos todo lo que sabemos, y nos queda la pesadumbre de haber captado poco.

Señores profesores:

Si en muchas disciplinas no habéis podido asegurarnos que lo que nos enseñasteis fuera la verdad definitiva, pues nuevas conquistas de la mente humana, descubrimientos nuevos, harán arcaico y falso lo que hoy es cierto y novedoso, sin embargo, como verdades eternas e inmutables, quedarán el amor del hombre por el bien y la verdad, su sed de justicia y su búsqueda incansable de la dicha.

Si habéis cargado nuestras lámparas con este espíritu, la Universidad, por ende, vosotros, habéis cumplido vuestra misión, y podéis estar satisfechos: nos habéis dado una luz, y sabéis que con ella no podremos errar el camino de la verdad y del esfuerzo, sin los cuales no hay progreso.

#### DISCURSO DE LA SEÑORA CORINA VARGAS DE MEDINA

Señor rector de la Universidad, señor director, señores profesores, señor presidente del centro de educación, queridos alumnos: Quiero, ante todo, agradecer desde lo más íntimo de mi alma,

las enaltecedoras palabras del presidente del centro de educación y la oportunidad que me brinda de dirigirme a ustedes en esta sesión solemne, en que el centro incorpora a los nuevos alumnos que ingresan a nuestro plantel.

Y no creo que pueda darse una ocupación más digna del momento que la de detenernos a reflexionar, una vez más, sobre algunos de los problemas que conciernen a nuestra función de educadores.

1. Vivimos en un mundo de símbolos que constituyen la base estable de los valores, significados y propósitos que nos son transmitidos por la herencia social. Pero, si bien es cierto que la herencia biológica nos es dada sin que podamos escogerla, la herencia social, en cambio, es en gran parte resultado de nuestra propia iniciativa; nuestra dimensión humana nos inclina a buscar el significado de esos símbolos y a desentrañar todo su complejo sentido: contribuir a determinar el verdadero sentido de la función del educador es la tarea que nos proponemos en este momento.

2. *El educador en nuestro mundo actual.* En todos los tiempos, los agentes transmisores de la herencia social han tenido la calidad de educadores. Pero en la sociedad actual y, especialmente en la nuestra, la profesión cobra un nuevo sentido, más amplio y más humano. Porque no podemos limitarnos ya a interpretar el mundo que nos rodea sino que debemos ayudar a transformarlo para cumplir los fines propios de la sociedad en que nos desenvolvemos. Todo ser consciente de su destino orienta su acción en el sentido de mejorarlo, de alcanzar niveles de vida más elevados y más ricos en posibilidades de superación. Pero ello involucra una capacidad de valoración justa y objetiva de lo que se es realmente. Una valoración hecha sobre la base del estudio de las propias características, tratando de descubrir no sólo lo que nos falta sino también lo que poseemos. Yo creo que nuestra función de educadores no tendrá su verdadera y efectiva calidad si no se dirige, intencionadamente, a ayudar a cada niño, a cada niña y a cada joven a encontrarse a sí mismo: a usar sus auténticos recursos para sostener su propio pe-

so; y a no ilusionarse con el triunfo de los demás en determinado campo, sino a descubrir aquel campo de acción que mejor se aviene a sus propias dotes; a mirar con respeto toda actividad que se efectúa con sinceridad y amor; a guardar consideración a todo el que trabaja de acuerdo con sus aptitudes y trata de dar lo mejor de sí en la tarea que realiza; a procurar que cada cual sienta el placer de haber llevado sus ideas a feliz término y a evitar las amarguras de las frustraciones.

Creo que no se cumple con esta finalidad primordial de la educación, en la medida suficiente. Por eso, la hora actual se torna doblemente crítica. Cientos de adolescentes y jóvenes aspiran a emprender una carrera: media, especial o superior, para la cual encuentran las puertas cerradas. El enorme desarrollo adquirido por la educación media, por ejemplo, ha triplicado el número de candidatos en las últimas décadas. Todos desean conseguir un título profesional, como un pasaporte para una vida holgada y feliz. No se adquiere ya la cultura para aumentar el acervo espiritual, sino porque constituye un medio para alcanzar un fin utilitario. Se ha perdido el punto de vista humano y nos vamos enredando en los hilos de valores de jerarquía inferior; es que, por una parte, la organización educacional no alcanza a satisfacer las demandas de la democracia en evolución, ya que las aulas se hacen estrechas para contener el inusitado número de postulantes, y, por otra parte, tampoco la organización socio-económica del país ofrece expectativas de absorber a todos los egresados de las aulas.

Ante estos hechos, nuestra actitud no puede ser pasiva e indiferente. Nuestra función sólo adquiere sentido cuando nos interesamos por los demás y por la suerte de esta tierra nuestra, que nos es tan cara, porque es nuestra y porque a ella le debemos lo que somos y lo que serán los que vengan tras nosotros.

3. *Papel del educador como agente de reconstrucción de nuestro medio.* Yo tengo fe en que los educadores de mi patria sabrán participar con inteligencia y con tesón en el reajuste de la educación a las nuevas modalidades socio-económicas del país, porque he

conocido maestras y maestros rurales y de pequeñas urbes que se han erigido en conductores de su comunidad y han logrado con ejemplo y con esfuerzo hacer que cada ciudadano realice su trabajo con orgullo y alegría. Han logrado sustraer al labrador y al obrero de la cantina y el garito, atrayéndolo hacia la humilde biblioteca de la escuela, hacia las improvisadas canchas de deportes, hacia las fiestas escolares, hacia sus propios hogares. He visto cómo han conquistado la cooperación de los vecinos recalcitrantes para el almuerzo escolar y para dotar a sus salas del material que les hacía falta. Y cómo han enseñado a hombres y mujeres a vivir mejor, haciendo de su hogar un lugar atractivo y amable.

Todos hemos visitado exposiciones, revistas de gimnasia, ballets, etc., en que se revela el espíritu creador de nuestros niños y hemos apreciado asimismo: la inventiva y el empuje de los chilenos adultos, en las exposiciones regionales de industria y agricultura en que cada provincia rivaliza en evidenciar su grado de adelanto. Hemos gozado también de los espectáculos de alto valor artístico que ofrecen: la orquesta sinfónica, los coros polifónicos, el teatro, el ballet, las exposiciones de pintura, escultura, etc.

En todas las empresas se pone de manifiesto la capacidad de iniciativa y la clara comprensión de los problemas de parte de los obreros, empleados y técnicos chilenos. Día tras día, observamos cómo la mujer chilena trata de cooperar al aporte económico del hogar mediante la realización de industrias caseras, de pequeñas empresas comerciales, etc., que son un exponente de su efectiva capacidad para la economía. Prueba fehaciente de esa capacidad encontramos diariamente en la milagrosa distribución del presupuesto hogareño que hace la madre de la clase media, verdadera heroína de nuestro pequeño mundo en su lucha por el progreso, cimiento firme de nuestra estructura social que con su abnegación, con su estímulo y con su ejemplo ha dado sólidas bases a la familia y ha llevado sobre sus hombros la responsabilidad de una sociedad en formación.

Todo esto es el resultado de dos factores: las buenas cualida-



des auténticas de nuestra raza y la educación que ha contribuído a moldearlas.

No he pretendido agotar la enumeración de valores de nuestra sociedad, ni de los educadores, pero todo ello revela que la calidad natural de nuestro material humano es excelente y puede transformarse, fácilmente, en obras bellas y útiles. Pero aún hace falta saber con claridad hacia dónde vamos: ¿cuáles serán los fines que armonizan mejor con la realidad de nuestro medio, con las necesidades inmediatas y futuras de nuestra patria?

4. *Necesidad de reajustar nuestra economía y nuestra educación.* En términos generales, todos estamos de acuerdo en que es necesario reorganizar la economía de la nación sobre nuevas bases, a fin de que rindan mejores frutos las riquezas del país. Sabemos también que una nueva orientación económica debe ir acompañada de readaptaciones en el sistema educacional, ya que este es el principal instrumento de supervivencia del estado.

Cualquiera que sea la estructura que se dé a la economía nacional, un hecho resalta a la observación de quienes se preocupan del porvenir de nuestra juventud: cada día se hace más patente la necesidad de que los jóvenes sean capacitados a corto plazo para ganarse la vida; vale decir, para integrar los grupos de producción y no sólo los de consumo.

Necesitamos crear carreteras cortas que cumplan ese fin y quizá acortar en cuanto sea posible las carreteras que conducen a ese mismo fin. Esto no está en pugna con las otras finalidades de la enseñanza superior que suponen la investigación de la ciencia pura y la transmisión de la cultura, sino que vendría a poner en práctica la función social, tan importante como las demás, mediante la dirección científica de las reformas sociales.

La creación de cursos politécnicos en la escuela de ingeniería del curso de periodismo en la escuela de leyes, de los cursos para profesores primarios y para secretarios en la escuela de educación, marcan el comienzo de la preocupación de nuestra Universidad por esos problemas. Pero queda mucho por realizar en este terreno. Es

evidente que no todos los alumnos que tienen acceso a las aulas universitarias poseen la preparación o las condiciones personales o ambientales para efectuar con éxito estudios prolongados. ¿Por qué no aprovechar los medios disponibles para enseñar en dos o tres niveles: uno de preparación básica que daría opción al ejercicio menos especializado de cada profesión: uno de formación más amplia y más profunda que correspondería al especialista y uno aún superior que correspondería al científico puro o al profesor universitario? Esta organización no implicaría depreciación del rango universitario, sino más bien, utilización más racional de los recursos para responder mejor a las exigencias del medio que requiere más y más preparación especializada en toda clase de actividades. Es lógico que no podamos nosotros, como institución particular, introducir una reorganización tal de los estudios, pero podríamos proponerla con mayor estudio en un congreso de universidades, que nuestra Universidad está propiciando y esperamos que se lleve a efecto dentro de poco.

Dos hechos se han destacado a través de esta disertación: existe en nuestra gente una pasta rica en posibilidades de superación de lo existente: los educadores han demostrado capacidad para poner en ejercicio dichas capacidades. Pero la organización social no logra satisfacer las necesidades de realización que laten en la esencia vital de nosotros mismos: surge el descontento por la ubicación inadecuada o por falta de ubicación.

La sociedad organizada no tiene derecho a frustrar las esperanzas de esos centenares de jóvenes que después de haber cumplido la etapa más difícil de su vida, se encuentran sin saber qué hacer, ni dónde ir.

Se evidencia, pues, la necesidad de que los educadores traten de penetrar en las profundidades del alma de los educandos para obtener una orientación más adecuada y que reduplicquen su empeño por conseguir una reorganización de las fuerzas del ambiente que les permita cumplir con mayor éxito esta delicada misión.

Yo tengo fe, a pesar de las zozobras que constituyen el clima

en que se desenvuelve la vida actual, esa línea de acción que trata de mantener lo valioso como columna eje del progreso social, continuará animando el alma de todo educador que, proyectándose hacia lo infinito, descubre un mundo en cada ejemplar de vida y se inclina reverente ante la maravilla del desenvolvimiento humano.

## DISCURSO DEL DOCTOR IGNACIO GONZALEZ GINOUVES

Señores:

Es costumbre en nuestra escuela que algún miembro de la facultad, en una ceremonia sencilla como esta, reciba y dé la bienvenida a los alumnos que se incorporan al primer año de estudios.

En nombre de la facultad os recibo entonces, en el seno de esta familia y deseo para cada uno de vosotros, éxitos y satisfacciones.

Es también costumbre que el tema de este discurso enfoque algún hecho importante conectado con la medicina o las ciencias médicas. Sin embargo, yo quiero hacer una excepción esta vez. No deseo hablar ex cátedra y para ser oído, deseo más bien "hablar en romance" y para que me entiendan, y referirme a temas tan inmediatos y poco académicos como: lo que nosotros esperamos de ustedes y lo que ustedes deben esperar de nosotros.

Daré a mis palabras, entonces, no el tono de quien enseña sino el que se emplea en una conversación, el que emplea un amigo cuando discurre con otro acerca de los incidentes de la vida.

No pretendo, se entiende, darles consejos; el consejo es el producto de una experiencia vivida por el que lo da, ya digerida, y para aprender, así como para nutrir el cuerpo es necesario que cada uno haga su propia experiencia, es decir, realice en todos sus tiempos y detalles, su propio proceso de asimilación. Prefiero, en cambio, hacer comentarios, conversar y advertirles cuáles son los puntos más peligrosos y traicioneros del camino que ustedes empiezan a recorrer.

La vida que ustedes inician en este instante es totalmente di-

ferente de la que han vivido hasta ahora. La gran mayoría de ustedes ha abandonado su hogar o el internado y se ha desprendido de la vigilancia de padres o profesores, para convertirse en un hombre dueño de sus propias acciones y responsable ante sí mismo, sin más juez o consejero que su propia conciencia. Del colegio, donde la vida transcurría ordenada y disciplinada, bajo la vigilancia de profesores o inspectores y los estudios se realizaban pasivamente y en forma programada y dogmática, llegáis a la Universidad en donde nadie se cuidará de que estudiéis la lección, y en donde todo el peso y la responsabilidad de estudiar, y progresar recae sobre vuestra iniciativa y capacidad.

Probablemente ustedes no se dan cuenta de lo profundo que es este cambio y de la enorme repercusión que en el futuro de cada uno van a tener estos meses de prueba que tienen por delante.

Debo decirles a este propósito, que la enorme mayoría de los fracasos del primer año se deben a factores conectados directa o indirectamente con algún problema de mala adaptación a la vida universitaria, tomado el término en su sentido más lato.

Quisiera llamarles seriamente a la meditación sobre este hecho.

Me imagino que todos ustedes están en este momento experimentando la euforia de comenzar sus estudios de medicina y saboreando la satisfacción de haber logrado tan ansiada oportunidad.

El estudio de la medicina es un camino largo y difícil, que no tiene otro descanso que la muerte. El ejercicio de la profesión de médico no es fuente de pasatiempos ni de riquezas, sino austera renunciación a muchas cosas amables de la vida. Sólo la verdadera vocación y el amor por la carrera permiten experimentar las satisfacciones y alegrías de que está jalonada la vida del médico.

Al seleccionarlos a ustedes, la comisión de la facultad trató de descubrir, hasta donde es posible, sus intenciones. Ojalá no nos hayamos equivocado y vuestros deseos de ser médicos respondan a una verdadera **vocación**.

Han sido elegidos ustedes, señores, como los más dignos de ingresar a nuestra escuela en una limpia competencia entre más de

170 candidatos. Puedo declararos honradamente, que el trabajo de selección este año, fué particularmente delicado por la calidad de los postulantes y el mérito de sus antecedentes.

Para satisfacción de cada uno les debo decir que ninguna otra consideración que no fuera la más objetiva y estricta justicia guió a los hombres que tuvieron en sus manos tan delicada tarea, y que fueron sordos y ciegos a todas las presiones y recomendaciones que algunos candidatos o sus padrinos, equivocadamente nos hicieron llegar.

Debéis, en consecuencia, a vuestros propios méritos exclusivamente el estar aquí.

Para ser médico no es suficiente tener vocación o creer tenerla y gustar de los estudios biológicos. Es necesario, además, reunir en forma armónica condiciones de inteligencia, de capacidad, de amor al estudio, de curiosidad, de destreza, de ingeniosidad y hasta de salud. Y es necesario, además, poseer una personalidad bien equilibrada y ser un hombre culto en el sentido más amplio de la palabra. Sólo sobre la base de un hombre culto se puede hacer un buen médico.

El proceso de selección este año ha sido dirigido precisamente a descubrir en vosotros esas cualidades, o dicho más exactamente, a descubrir a aquellos de vosotros que puedan desarrollarlas mejor. Ningún factor aisladamente: ni vuestro bachillerato ni vuestras notas de humanidades, ni la diversidad de vuestros intereses, ni vuestras condiciones generales determinó nuestra elección; fué el conjunto de todas ellas la que inclinó la balanza en favor de ustedes.

Pero el ingreso de ustedes a esta escuela ha significado que 120 jóvenes igualmente meritorios se hayan quedado afuera. Hemos depositado, entonces, en ustedes, una enorme confianza y les hemos proporcionado una oportunidad que muchos habrían deseado para sí. Mediten, entonces, lo que todo esto significa y pregúntense si tendrían derecho a hacer mal uso de esta oportunidad. Avalúen lo que la vida de ustedes, aquí, significa en sacrificios para sus

padres, en esfuerzo para sus profesores, en gastos para la Universidad y en dolor de los que tuvieron que darles el paso. Mediten, señores, midan sus fuerzas y sopesen sus intenciones y si la más absoluta honestidad de propósitos y la más sólida voluntad no guía sus pasos, les pido que den a otro la oportunidad.

Los estudios del primer año de medicina están rodeados de una leyenda terrible, en la que se mezclan el olor de los cadáveres con la extensión y dificultades de los programas y la actitud inmisericorde de los examinadores, etc., etc. Quiero decirles que nada de eso es cierto y que toda esta leyenda es una piadosa mentira para disimular la flojera, o un fantasma de paja para sembrar aprensiones en el ánimo de los cobardes e indecisos.

Muchos de ustedes en sus solicitudes advirtieron como un hecho favorable que no les asustaba la vista de los cadáveres ni les repugnaba el olor de la putrefacción. No quiero descorazonarlos, pero debo decirles que me apena que gente tan joven no se impresionara ante la muerte y la miseria, o no reaccionara ante la inmundicia y el asco. Estas, señores, no son ya cualidades que necesite un estudiante de medicina, porque la disección se hace como ustedes lo van a ver, en cuerpos momificados por procesos especiales que, ni por su olor ni por su aspecto hieren nuestros sentimientos o nuestra pituitaria. Los progresos de la medicina y de la enseñanza médica han quitado a los estudios mucho de aquello que motivaba la leyenda a que me referí hace algunos instantes.

El que os habla ingresó a la escuela cuando todavía era realidad lo que hoy día es leyenda. Y como si se los cuento podrán ustedes apreciar lo que han ganado, voy a referirles en dos palabras como fué mi primer año.

En aquel tiempo todavía no había selección de estudiantes, ni había tampoco Universidad de Concepción, ni escuela de medicina de la Universidad Católica. Fuimos 350 en el primer año. Cursábamos cinco ramos, pero sólo en cuatro dábamos examen: biología,

botánica, física y química; el examen de anatomía se daba en segundo año.

Las clases se hacían en unos enormes anfiteatros que había en la vieja escuela; allí el profesor disertaba mientras nosotros, naturalmente, nos entreteníamos con cualquier cosa, porque toda atención era imposible en aquel mundo de gente.

No había trabajos prácticos que pudieran llamarse tales sino tres o cuatro "pasos" de química o de biología, en que malamente se nos demostraban algunos fenómenos o cortes histológicos.

En anatomía —era antes de las leyes sociales— no faltaban cadáveres y teníamos "presas" suficientes para nuestras disecciones. Pero no había ni refrigeradores ni cadáveres conservados y aún cuando nuestras salas de disección eran nuevas y bien ventiladas, pronto los olores comenzaban a acariciar nuestras narices...

Al iniciar las clases, los profesores, invariablemente, nos decían que ni en biología ni en botánica, ni en física ni en química había texto de estudios recomendables y menos lo eran todavía unos famosos apuntes que se vendían por allí. El resultado era que nosotros terminábamos estudiando por los apuntes pese a que eran —como son los de hoy— positivamente incompletos y malos.

Los profesores no nos conocían ni nos distinguían y era usual que, para no complicarse la vida, no saludaran al encontrarnos en los corredores...

Y así llegábamos a los exámenes, sin una nota, sin haber tenido un interrogatoria o un repaso, sin control de asistencia, sin haber sabido en qué estudiar; absolutamente anónimos y desconocidos.

La consigna era que en diciembre no pasaran más de unos cincuenta alumnos y en marzo entre treinta y cuarenta, de manera que el segundo año no tuviera un número superior a noventa. Aquel examen era una carnicería. Carnicería absurda, injusta, inicua, de la cual no puedo acordarme sin desagrado.

Se daban los cuatro exámenes juntos el mismo día y para sa-

lir bien había que reunir doce puntos por lo menos y ningún uno; muchas veces había mañanas o tardes en que ningún candidato salía bien.

¡Qué distinto era aquello de lo que hoy sucede!

Las escuelas de medicina limitan hoy el número de sus alumnos para que todos puedan aprovechar al máximo sus trabajos y estudios, para que cada uno reciba casi una enseñanza individual; para que haya un conocimiento y entendimiento personal entre profesores, ayudantes y alumnos y para que no haya en ningún momento una nueva selección o "coladera".

Ya no hay consignas para no sacar bien más de cierto número en los exámenes y la universidad no desea otra cosa que obtener de sus alumnos un aprovechamiento cien por ciento, es decir, que no haya otras defecciones o fracasos que los ocasionados por circunstancias imprevisibles, ajenas a la universidad.

La actitud de los profesores no es, en nuestra escuela, al menos, la de señores lejanos, indiferentes a la suerte de sus alumnos, sino la de hombres interesados en que cada uno de ustedes aproveche y progrese.

Las clases teóricas —reducidas este año el mínimo indispensable— son completadas con trabajos de laboratorio destinados a ilustrar o explicar los problemas en estudio. El control de la asistencia, así como los numerosos interrogatorios y certámenes a lo largo del año les permiten llegar a los exámenes con antecedentes que pueden defenderlos en algún caso fortuito. Tienen a su disposición textos de estudios y obras de consulta, que por su precio los unos, o por estar en las bibliotecas los otros, están al alcance de todos. No tienen por qué, entonces, ser todavía víctimas de los apuntes.

La leyenda que hace del primer año de medicina una gesta semejante a los trabajos de Hércules, hoy día no se justifica y no es necesario para vencer en ella sino serenidad para actuar, inteligencia para comprender, voluntad para perseverar y amor al estudio.

¿Por qué entonces, me preguntarán ustedes, esa leyenda per-



siste y el número de refutados a fin de año no disminuye substancialmente?

Nosotros en la facultad también nos lo hemos preguntado, porque estamos ciertos que los hemos seleccionado por capaces y que ponemos a su disposición todos los medios a nuestro alcance para que estudien y aprendan.

¿Por qué entonces, nos decimos, si nuestros deseos son los mismos que guían a los alumnos, fracasan a fines de años, 15 ó 20 jóvenes de cuyas buenas intenciones y capacidad no podemos dudar, ya que nosotros mismos los hemos elegido?

Este año, aprovechando las entrevistas de la selección, hemos hecho una encuesta entre los jóvenes que se presentaron a ella por no haber obtenido siquiera dos pases el año pasado. De esta encuesta hemos aprendido muchas cosas y creo que algunas de ellas serán también de gran utilidad para ustedes.

La primera causa del fracaso es la incapacidad de ustedes para adaptarse a la nueva vida que les espera. Acostumbrados al régimen del colegio, con horario, vigilancia constante, tareas, etc., etc., o del hogar con mamá o papá, no saben desenvolverse ni tienen capacidad —perdónenme la franqueza— para dirigir con acierto sus actividades. La libertad que les llega de repente es una prueba demasiado fuerte para algunos.

La segunda causa es su mala adaptación e ignorancia de la vida universitaria misma, es decir, tanto de los métodos de enseñanza como de la técnica de estudio que emplean en la universidad, y la influencia nefasta de ciertos prejuicios, que siembran de ideas equivocadas o de terror las mentes de los más aprensivos.

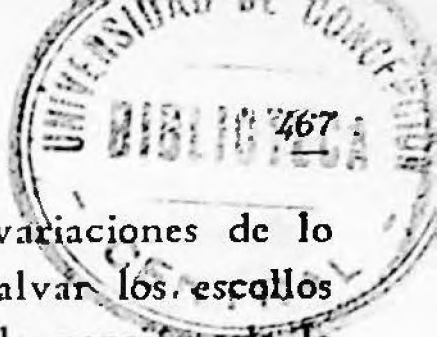
Algunos jóvenes puntualizaron en forma más exacta la causa de su fracaso: uno declaró que se había enamorado y ello lo había distraído; otro, que la filatelia lo había absorbido; el siguiente, que había tenido que trabajar y ello no le dejaba tiempo; otro, que había estudiado demasiado al principio y se había agotado; el siguiente, que había tenido mala suerte con las pensiones en que se

hospedaba, etc., etc. Pero todos, les repito, son variaciones de lo mismo: de la falta de madurez de algunos para salvar los escollos del paso del colegio a la universidad, del hogar a la pensión, de la sujeción a la libertad.

Para otros jóvenes la causa de su fracaso residió en la universidad y hablaron de horarios excesivamente recargados, de falta de tiempo para estudiar, de clases demasiado largas o de que no encontraron los libros que les recomendaron, o de que los ayudantes los confundían al no tener el mismo criterio que el profesor para enseñar o al tratar de lucirse aparentando una falsa erudición, etcétera, etcétera.

En las reuniones de profesores hemos analizado todas estas opiniones y es nuestro deseo corregir los defectos en lo que de nosotros depende. Así hemos resuelto algunas medidas; desde luego, vamos a establecer algo que se ha hecho en otras partes con espléndidos resultados: les asignaremos a cada uno de ustedes como consejero, a un miembro de la facultad; naturalmente corresponderán tres o cuatro alumnos para cada profesor. A ese profesor podrán recurrir ustedes en demanda de consejo o de orientación cuando lo crean conveniente y nosotros le enviaremos, cada cierto tiempo, las notas y demás informaciones relacionadas con los estudios y el comportamiento de los alumnos que le han sido asignados. Pensamos que si este sistema es bien interpretado y aprovechado, evitará que muchos de ustedes se pierdan por falta de un consejo a tiempo o de una palabra oportuna; pero entendámonos claramente, no se trata de darles un padrino, o tutor que vele por ustedes y les vaya a sacar de apuros; se trata de un consejero, si ustedes quieren, de un amigo mayor, al cual ustedes pueden recurrir y al cual darán el derecho de llamarlos y preguntarles cómo les va.

Este año van a cursar en un año toda la anatomía. Como consecuencia de esta reforma se han simplificado los programas del resto de las asignaturas y se han reestructurado los trabajos prácticos para facilitarles su aprendizaje. Se ha estudiado también una



reducción de los horarios con el objeto de que tengan ustedes tiempo libre para estudiar. Hemos conversado con los profesores del primer año y hemos recibido de su parte la seguridad de que existen en el comercio los textos de estudios que ellos recomiendan, a precios que están al alcance de cualquier bolsillo. No tendrán, entonces, ustedes, que recurrir a los nefastos apuntes, baratos tal vez, pero muy caros en consecuencias.

Como una manera de control mejor y estímulo de que lleguen con más antecedentes a los exámenes, se les hará más pruebas y se les pondrá más notas en los trabajos e interrogaciones; se procurará al mismo tiempo, evitar la aparente disparidad que pudiera existir en la enseñanza de profesores y ayudantes y se combatirán si es que existen, las exuberancias personales que he señalado.

Quiero por último decirles, lo que cada año todo profesor les repite al iniciar las clases: en la Universidad —en una universidad moderna, como pretendemos nosotros serlo— el profesor no es ni quiere ser un señor inaccesible, deshumanizado e inexorable; es un hombre que les enseña, que convive con ustedes y que les ayuda a estudiar; que está al alcance de ustedes y deseoso de estarlo para cualquier duda o consulta y que por lo mismo que es un profesor universitario es ajeno a todo dogmatismo y a toda incomprensión. Tenéis el derecho, entonces, y la obligación, de recurrir a vuestros profesores cada vez que lo estiméis necesario, en la seguridad de que encontraréis en ellos a hombres que comprenderán vuestro estado de ánimo y os darán el consejo adecuado a cada caso.

No os satisfagáis con "lo que dicen" o con el rumor, o con la información de segunda mano a veces personal o antojadiza de un ayudante; recurrid a quienes no tienen otra meta que ayudaros en vuestro empeño, siempre que vosotros demostréis interés y que esa ayuda no cae en terreno estéril.

Pero a cambio de todo esto que está destinado a evitar los fracasos, nosotros tenemos que pedirles a ustedes algunas cosas: que estudien y se interesen por lo que se les enseña, que estudien en

forma inteligente y consciente, consciente y sistematizada, sin histerismo ni exageraciones, sino con plan, con perseverancia. Que disminuyan sus días de fiestas, semanas de todas clases y demás pretextos para no asistir a clases; si la materia y los trabajos no se pueden acortar ni comprimir más de lo que han sido, ni los plazos se pueden alargar a nuestro gusto, con estas pérdidas de clases son ustedes los únicos perjudicados. Y que abandonen una serie de vicios ya tradicionales que son nefastos para vuestro aprovechamiento y para la vida universitaria. Entre ellos he de señalar aquel de asegurar dos pases o de dedicarse a dos ramos. Deben atender ustedes por igual a todos los ramos; lo demás es demostrar incapacidad y una mediocridad que no se compadece con los antecedentes que hemos tenido en vista para aceptarlos como alumnos. Si nosotros supiéramos que alguno de ustedes no es capaz de estudiar todos sus ramos con éxito, no habríamos titubeado un momento en dejarlo fuera.

Y como este vicio merece toda nuestra repulsión, les aviso desde ya, que la facultad va a acordar alguna disposición que permita negar el pase en los ramos restantes a quien no haya rendido todas sus pruebas y no haya sacado una nota mínima en el resto de los ramos.

He querido decirles estas cosas, señores, para demostrarles que el éxito de ustedes es algo que nos concierne e interesa tanto a nosotros como a ustedes y que estamos dispuestos a hacer todo lo que esté de nuestra parte para que aprovechen y aprendan, y para significarles, también, que esperamos y reclamamos la cooperación, activa y decidida de ustedes, pues no queremos alimentarlos con mamadera, sino que esperamos que ustedes sepan comer con sus propias manos.

Los estudios de medicina, dije al comenzar, empiezan cuando el alumno ingresa a la escuela y no terminan jamás. Los progresos permanentes de las ciencias en general y de la medicina en particular, obligan al médico a estar al día y a mantenerse siempre

alerta para no quedar irremisiblemente atrás. Un médico no tiene derecho a la ignorancia de algo que puede aliviar o salvar de vida de un semejante. Como dijo alguien, en medicina, la ignorancia es un crimen.

Estas mismas razones han complicado y alargado los estudios de medicina en forma tal, que hoy día los educadores encaran un serio problema cuanto tratan de encuadrar la enseñanza en unos pocos años de estudio universitario.

La imposibilidad de extender más los años de estudio y de enseñar todo lo que el médico debe saber, ha obligado así a una transacción en que sólo se enseña lo fundamental de cada disciplina y se procura crear en el estudiante el hábito de pensar adecuadamente y de estudiar para completar así posteriormente los conocimientos adquiridos. Por esta misma razón, hoy día, en los países más adelantados, los estudios médicos van seguidos de una etapa en que el joven, ya titulado, profundiza los conocimientos que van a llevarlo al dominio de una especialidad.

No se imaginen, entonces, ustedes que en los siete años de universidad van a adquirir todos los conocimientos y la experiencia que necesitan para el desempeño de su profesión en cualquier aspecto. Las razones que he apuntado, repito, hacen que la escuela no pueda proporcionarles en este lapso otra cosa que conocimientos básicos generales que ustedes deben completar después con un estudio posterior, encaminado a su perfeccionamiento y ampliación.

Los estudios de medicina comprenden tres etapas: la primera, que dura dos años, se llama de las ciencias básicas; la segunda, que comprende el tercer año, se ha llamado preclínica y la tercera, que completa los cuatro últimos años, es la etapa clínica.

¿Qué significa todo esto? Significa que vuestros estudios os irán llevando gradualmente de los conocimientos generales que es necesario dominar para entender el organismo humano, al estudio del hombre sano, después al de cómo éste se enferma y, por último, al del hombre enfermo.

Pasaréis entonces, dos años sin ver todavía enfermos, estudiando anatomía, fisiología, histología, embriología y química biológica, es decir, la estructura y el funcionamiento del organismo normal. Luego estudiaréis fisiopatología, patología general, bacteriología, parasitología y semiología, esto es, la manera cómo el hombre se enferma y reacciona contra la enfermedad y las causas más frecuentes de sus estados patológicos; durante esta etapa entraréis en contacto con los enfermos, contacto que seguirá incrementándose paralelamente con vuestras responsabilidades frente a ellos, en el transcurso de vuestros estudios clínicos. En estos últimos estudiarán ustedes al hombre enfermo, tanto del cuerpo como de la mente y discutirán las causas determinantes de su enfermedad y los factores sociales o ambientales que han favorecido su desarrollo, estudiarán, también, el arte de reconocerlos y de curarlos y la manera de prevenir el azote de la enfermedad.

Se ha definido la medicina como la ciencia de diagnosticar y de curar las enfermedades. Esa era en realidad la medicina hasta hace pocos años, y alguien dijo que la medicina de entonces era un taller de reparaciones. Hoy día las cosas han cambiado; la ciencia ha puesto al servicio del hombre no sólo medios para mejorar la salud quebrantada, sino para prevenir las enfermedades y más que eso todavía, para crear generaciones sanas y vigorosas.

La medicina de hoy es la ciencia de la salud, no la ciencia de la enfermedad. La salud ha dejado de ser un problema exclusivo del individuo para transformarse en un problema de todo el conglomerado social. Este cambio de frente de la medicina ha traído como consecuencia un cambio fundamental en la posición y en la actitud del médico en la sociedad.

Mientras la salud era un problema individual, el médico fué un profesional liberal, que ofrecía sus servicios mediante una remuneración pagada por el paciente. Esto excluía naturalmente, de una atención médica adecuada, a todos aquellos que no podían pagar los honorarios del médico. Hoy día, que la sociedad reconoce el

derecho a la salud de los individuos, el médico ha tenido que transformarse, en nuestro país al menos, que tiene una legislación social muy avanzada, en funcionario remunerado por la sociedad; no sólo cuando se trata de un especialista en los campos de la medicina preventiva y de la higiene, sino también cuando, como clínico tiene a su cargo la atención de los enfermos, sea cual sea su estado económico-social.

Es indudable que el médico ha perdido en el cambio. Ha perdido aquella aureola romántica y aquella posición peculiarísima de que lo ha rodeado la leyenda, pero ha ganado en acción, ha ganado en efectividad y ha ganado en cuanto hoy día es un elemento de los más importantes y necesarios en toda sociedad moderna.

Es probable que muchos de ustedes se hayan sentido atraídos por aquella imagen romántica que acabo de describir; sería una lástima, porque aún cuando la figura del médico moderno es bastante más prosaica que la de su antecesor, sus posibilidades de acción fecunda son mucho más amplias y merecen igual, sino mayor respeto, porque el espíritu de la medicina ha sido y será el mismo desde Hipócrates hasta nuestros días, espíritu de servir y comprender al hombre, de aliviarlo en sus dolencias y de auxiliarlo en sus penas, espíritu que nos hace hoy preocuparnos además de que el hombre se conserve sano y prolongue su vida, y viva sin aprensiones y feliz.

Quiero pensar que este mismo espíritu ha guiado vuestros pasos hasta aquí. Si así fuera, muchas satisfacciones os esperan y todos los esfuerzos y sacrificios que os demandará la meta que os habéis propuesto, estarán recompensados no por los goces materiales de una vida regalada y fácil, sino por la riqueza espiritual de una vida vivida generosamente.

Hoy día, en el mundo entero, o por lo menos en los países más adelantados, se está revisando la enseñanza médica con el objeto de reactualizar los programas, de renovar los métodos de enseñanza, de integrarla con nuevas materias que la ciencia ha en-

tregado a la medicina y de enfocarla hacia objetivos más de acuerdo con las tendencias médico-sociales de la hora actual.

Nosotros, en nuestra facultad, estamos preocupados de este problema y existe en marcha un plan de reformas cuyo alcance esperamos que habrá de ser de positivo beneficio para ustedes, es decir, para vuestra tarea de aprender y para vuestra preparación profesional futura. Pero cualesquiera que sean las reformas y las simplificaciones que se dé a los programas o la objetividad y efectividad de los métodos de enseñanza, hay, señores, dos cosas que son incommovibles e inalterables: vuestro deber de estudiar y de aprender, y nuestra obligación de exigirnos que sepáis antes de confiaros la vida vuestros semejantes.

Todo tiende a facilitar hoy día esta tarea, a hacerla más atractiva y agradable, pero nada se ha inventado que permita evitar el tener que estudiar y trabajar para aprender.

Meditad entonces, señores, nuevamente en vuestros motivos y en vuestras intenciones y medid vuestras fuerzas.

El país necesita más médicos, pero necesita más médicos preparados, bien entrenados, abnegados y capaces de dar a nuestro pueblo la mejor atención que sea posible. Se nos ha pedido a las escuelas de medicina, que aumentemos las matrículas para obtener más médicos. Nosotros hemos respondido que esta no es la solución, pero que en cambio, aumentaríamos el número de nuestros egresados si pudiéramos darles a ustedes mejores elementos de aprendizaje, y si pudiéramos obtener de ustedes como respuesta, un mayor rendimiento.

¡Qué progreso, real y efectivo, no significaría que todos ustedes, sin ninguna defección, como hoy he visto que sucede en otras partes, en su debido tiempo, llegarán a obtener su título!

Nuestras reformas persiguen ese fin y puedo decirles que ya este año dispondréis de más y mejores medios de trabajo.

Es el deber de ustedes, entonces, el deber patriótico de ustedes, responder a las necesidades del país, responder a nuestros es-



fuerzos, responder a las esperanzas de vuestros padres, responder a los sacrificios que la universidad hace en favor de nuestra escuela, trabajando con inteligencia y tesón y no fracasando.

Sí, señores, trabajando con interés, aprendiendo activamente, dándose cuenta que el universitario no puede esperar, como en las humanidades, que le den el alimento con cuchara y que es vergonzoso y miserable, cuando se tienen vuestros antecedentes, los antecedentes que nosotros hemos tenido en vista para aceptarlos, llegar al fin del año derrotados, asegurando dos pases siquiera o implorando una fracción de punto o el perdón de algunas inasistencias!

El padre de la medicina, Hipócrates, escribió hace dos mil trescientos años: "corta es la vida, difícil el arte, largo el camino, la ocasión fugaz, falaces las experiencias, el juicio difícil".

Mucho ha progresado el mundo desde entonces acá, pero el hombre sigue siendo siempre el mismo, y sigue siendo corta la vida, largo el camino, y difícil dominar el arte; ello se logra sólo con la verdad y el esfuerzo, como dice el lema de nuestra universidad.

Hoy ingresan ustedes en nuestra familia, en esta familia universitaria: hagan suya esta divisa y cúmplanla.